

Era sinónimo de amor, de celo, de ternura, de amistad, de afición, de benevolencia. Así la conocían los autores, pero Jesús no la tomaba en tales sentidos. En su lenguaje, ella significaba el conocimiento de la solidaridad en el dolor, es decir, el espíritu de justicia. ¿Podía entenderla el mundo romano creado por el egoísmo y la violencia? Fué necesario que Pablo la llamase claramente la mayor de las virtudes teologales. Antes lo habían entendido de corazón los desheredados y los mendigos; y como entenderlo equivalía a asumir el espíritu de Jesús, Jesús, alejándose, permaneció en ellos. Por esto el concepto cristiano, la idea de Dios no puede ser otra que la de un Dios infinitamente pobre y obligado. Consolar a Dios. He aquí el secreto admirable de la caridad. La palabra divina quedaba confiada a los mínimos en dignidad y en número. Los fuertes y los muchos permanecían en la sombra. He aquí por qué Jesús llora al realizar el más grande de sus actos de caridad: la resurrección de Lázaro. Va a pronunciar su formidable *Veni foras* que propagará un estremecimiento en los mundos—y derrama lágrimas.

En el huerto suda sangre. Es humanamente imposible imaginar el estado de aquella alma, en cuyo seno el pasado, el presente y el porvenir constituían una sola actualidad. Sobre sus hombros pesaban todos los crímenes de la Historia. La maldad asiria rompiendo la unidad de las antiguas razas, confederadas en la paz y en las jerarquías teocráticas accesibles únicamente al conocimiento y a la virtud—llegaba a su máximo esplendor en el Imperio de los Césares. La serie septenaria de las antiguas virtudes, violentamente subvertidas, se tornaba cadena opresora; el espíritu estaba asediado por el mal, que ante cada una de sus luminosas puertas ponía un vicio como legión, con un emperador por capitán.

Es la Soberbia con César, con Antonio disfrazado de dioses que tienen sacerdotes y altares; es la Avaricia jugando provincias con los dados de Calígula; es la Lujuria con Nerón y Heliogábalo; son la Cólera, la Gula, la Envidia, la Pereza, royendo las almas de todos esos emperadores. Ahora bien; cuando el vicio impera, la tiranía es su consecuencia.

Pero la sociedad romana tenía esta otra mancha característica: la *usura*. En el exterior, era ella el punto de mira. En el interior el cáncer del pueblo. Los favoritos del privilegio hicieron girar siempre su política en torno de esa concupiscencia abominable. Cederán tal vez un instante, pero jamás con buena intención. El destierro, el suicidio y el asesinato se encargarán de arrebatarse bien pronto los privilegios cedidos en el momento del

peligro. La familia Fabia irá al destierro por haber reclamado la ejecución de la ley agraria, y Caseo Fabio será abandonado al exterminio por el cónsul Menenius, en guerra heroica. El tribuno Genucius, que reclama lo mismo, perecerá asesinado. Terentillus Arsa ve su ley anulada por la tiranía de los decenviros. Valerius va a la roca Tarpeya y Dentatus muere asesinado. Spurius Maelius distribuye limosnas a los pobres hambrientos y Cincinato le manda a asesinar. Y otros todavía: Posthumius, Menlius, Capitolinus, Tiberius, Grachus, Scipion, Emiliano, Drusus, todos asesinados por haber defendido el pueblo. ¡Todos víctimas de la usura y de la avaricia que enloquece a Roma!

Y después, la prolongación del crimen en los tiempos. La caridad negada. La hipocresía llamándose filantropía para falsificarla. La imbecilidad disfrazándose con el dorado título de beneficencia, para explotar en provecho de su mezquino orgullo. Los pobres, los desheredados, renegando de ella por ignorar su divina significación, sin que una palabra se levante para decirles que la conquista del derecho no anulará la caridad, siendo ésta precisamente el abandono espontáneo del derecho en bien de otro, y teniendo así la más absoluta identidad con el heroísmo.

Cristo, ininteligible para Roma, el imperio de la usura, será falsificado por los herederos del cesarismo. Aquel suplicio cuya perspectiva entumecía de horror las alas de los serafines, se multiplicaría cada hora, cada minuto, cada vez que un pobre fuera desoido.

¡Después de la espantosa carga de los siglos pasados, el horror inexpressable del porvenir! ¡Después de Asiria y Roma, el águila futura informe aun en su oscuro huevo!

Las estrellas oían pasar el huracán de aquella alma.

Y Jesús, angustiado ante la inmensidad, sudaba sangre!

•••

¿Qué quiere decir, en la expresión absoluta de los símbolos, ese sudor sangriento?

La sangre de Cristo fué vendida por la traición. Su equivalente es el dinero. El dinero es el símbolo de la sangre de Cristo, y de ahí resulta su inaudita potencia. Cristo, el pobre por excelencia, se despoja enteramente de su sangre para consumir la redención, y sus herederos son los mendigos. A ellos hay que devolverles, entonces, la herencia a que tienen derecho.

El tremendo problema aventaja en claridad a los soles del firmamento.

El dinero constituye una responsabilidad terrible. Retenerlo es defrau-

dar a Dios. Oprimir con él al pobre es ofender a la humanidad en Cristo; es hacer que Cristo haga daño; y esta culpa asume tales responsabilidades que su sombra causa horror a la eternidad. La limosna como la oración, que es también un acto de caridad, puesto que con ella se implora el bien de los hombres—influye sobre la voluntad y sobra la justicia de Dios, pudiendo atraer el perdón y la gracia. El perdón, porque la sangre de Cristo es el precio del rescate; y la gracia, porque significando ella gratuidad, el hecho de dar gratuitamente obliga a la divinidad como una consecuencia.

¿Por qué es tan difícil la entrada del rico en los cielos? Porque el rico retiene más parte del precio del rescate. Porque si no ha dado todo, es deudor ante Cristo.

He aquí la significación de la sangre derramada. El sudor sangriento tiene una acepción más profunda: significa enteramente la expiación del egoísmo por la angustia, el consuelo del ingrato a costa de la propia amargura. Esas gotas de sangre son la reserva que Cristo apartó de la traición, son la propiedad misma del pobre. La angustia de Cristo era el convencimiento anticipado de las debilidades humanas en la obra expiatoria. Su sudor expresa también, entonces, el trabajo por realizar de las generaciones, pues como se sabe, su obra no fué una innovación sino una continuación. Adán tiene que sudar igualmente de angustia para ganar su pan. Pero Adán esparce la culpa sobre las gentes, mientras Cristo la resume. Adán es el procesado responsable, Cristo es la víctima inocente. La obra del uno es de rehabilitación por el cumplimiento del deber, es decir, por el trabajo, y éste suda agua. La obra del otro es la redención por la caridad, es decir, por el martirio, y éste suda sangre. Cuando ya no tiene más sangre que dar, vierte agua de sus heridas, expresando así la totalidad de sus obras.

El sudor de sangre es, como he dicho, la propiedad del pobre, y éste, a su vez, tiene que darla. Pero no ya como restitución, sino como consuelo. La obra del pobre que hace caridad, tiene sus semejantes en el lienzo de Serafía y el unguento de Magdalena. El alcance de esta obra es tal, que su cumplimiento debe repercutir como un terremoto de trompetas en las más inaccesibles eternidades. La hija que se prostituye en la angustia de su virginidad, para salvar al padre del hambre o de la ruina, ejecuta una de esas obras. Fenómeno infinitamente más raro que el descubrimiento de una perla en el estómago de un bisonte. Consolar con la caridad, tomando la limosna únicamente como la realización objetiva de aquélla, y haciéndola